

CULTURA

CON CRISTINA PERI ROSSI

Que vivan las asimetrías

De lo que le dio Uruguay, y de lo que le quitó, de lo que le sigue quitando. De su infancia y su precoz revelación como escritora. De su vida como estudiante, de su juventud en *Marcha*, de los premios a su obra. Del arte erótico, de su lesbianismo, de la homofobia. Y de su último libro, publicado en edición de Hum, que atravesado de asimetrías se titula “Los amores equivocados”. De todo eso habló con **Brecha** —casi sin respirar— la escritora, periodista, ensayista y traductora Cristina Peri Rossi (Montevideo, 1941), desde Barcelona.

SOFI RICHERO

—*Si estás de acuerdo, me gustaría empezar por tu infancia.*

—Huy, ¡qué lejos me llevaste! Tengo 75 años...

—*En particular quería saber de ese tío soltero, comunista, con una biblioteca muy nutrida en la que te formaste como lectora.*

—Sí, eso era allá en el Reducto, en la casa de mi abuela. En febrero la Universidad de Sevilla va a sacar un volumen monográfico que se llama **Erotismo, transgresión y exilio: las voces de Cristina Peri Rossi**; está hecho por catedráticos de distintos países del mundo que van abordando distintos aspectos de mi obra. Y en ese volumen escribí unas 40 páginas resumiendo un poco mi vocación de escritora; ahí está la historia con mi tío. Una biblioteca que para mí era inmensa, me parecía inagotable, tendría unos 1.500 volúmenes. Y yo los iba leyendo con voracidad y sin orden. Un día durante un almuerzo familiar, estando todos reunidos —en mi familia eran todos medios tanos—, me les plante y les dije que quería ser escritora.

—*¿Qué edad tenías entonces?*

—Yo calculo que 7 u 8 años. Todos se alarmaron y se hablaban unos a otros: “¿Pero qué dice la nena?, ¿está loca la nena?”. Después, otro día, mi tío me llevó aparte y me preguntó: “¿Te has leído ya todos los libros de la biblioteca?”. “No —le dije—, todavía no, pero lo voy a hacer.” Y entonces: “¿Te has leído todas las portadas, sabes quiénes son?”. Y le dije: “Sí, sí”. “¿Y cuántos libros escritos por mujeres hay?” Contesté: “Tres, una novela de Virginia Woolf, un libro de poemas de Safo y otro de Sylvia Plath”. Y entonces mi tío me preguntó: “¿Te leíste las solapas?, ¿ya sabes cómo murieron?”. “Sí —dije—, las tres se suicidaron.” Entonces mi tío sentenció: “Las mujeres no escriben, y cuando escriben se suicidan”. Fue algo que me hizo reflexionar mucho, porque lo dijo como si se tratara de una ley. Por otra parte, ya a esa edad me leía todos los volúmenes de una enciclopedia y

no aparecían muchas escritoras mujeres, ni tampoco aparecían escritores negros, y aparentemente tampoco los había homosexuales, ni de otras culturas. Un día le pregunté a mi madre —mujer a la que he querido muchísimo y que murió hace ahora 14 meses—: “¿Por qué no escriben las mujeres?”. Y ella me dijo: “Porque están muy atareadas criando a sus hijos y eso es lo más importante”. Ahí mismo me dio una idea de cómo tenía que ser mi futuro.

—*Ya con 16 años leíste **El segundo sexo**, de Simone de Beauvoir.*

—Sí. Te voy a contar una anécdota, ésta sí que no la he contado: yo venía de una familia muy pobre y quería estudiar. Era una familia no convencional, con problemas grandes entre mi padre y mi madre, yo prácticamente me crié sola. Quería estudiar pero no había dinero. Entonces tenía que trabajar y estudiar, pero tenía que salvar primero la prueba de acceso al IPA (por entonces entrábamos sólo diez). Tenía que dar una prueba de ingreso que era muy difícil. Como no tenía dinero para comprar los libros me hice los horarios completos de la Biblioteca Nacional, me iba a las ocho de la mañana y regresaba a las ocho de la noche. Finalmente, uno de los temas que me tocaron para escribir en la prueba llevaba por título: “Las mujeres en **Eugenia Grandet**, de Balzac”, y yo empecé mi trabajo escribiendo la famosa frase de Simone de Beauvoir: “*No se nace mujer, se llega a serlo*”. Años después, cuando ya había terminado la carrera y ya había publicado un libro, Carlos Real de Azúa —de quien había sido su alumna favorita— y los demás integrantes del tribunal me confesaron que para aquel entonces ellos no habían leído **El segundo sexo**. O sea, los profesores del Instituto de Profesores Artigas no lo habían leído. En cuanto a lo del suicidio todavía está por verse... reíte, andá, es un chiste. Yo digo que después de los 65 años el suicidio es eutanasia, así que ya no tendré oportunidad de suicidarme.

—*Yendo ya un poco más adelante, hacia la década del 60: ¿cómo recordás la publicación de tu obra temprana, que*

*fue tan bien recibida, incluso premiada? **Viviendo** (1963), **Los museos abandonados** (1969, Premio de los Jóvenes de Arca), **El libro de mis primos** (1969, premio *Marcha*)...*

—Lo recuerdo con una gran emoción. Mis recuerdos montevideanos están muy vivos. Para mi desgracia, tengo una gran memoria, y digo para mi desgracia porque los escritores no tenemos por qué escribir con la memoria, podemos escribir con la imaginación, y yo soy una escritora de esta clase. En este libro, **Los amores equivocados**, no hay ningún cuento autobiográfico, son todos cuentos imaginados. Pero tengo una gran memoria, y además con los años uno recuerda más. Yo siempre le agradeceré a Uruguay el que a mí, hija de una familia pobre, se le haya dado la oportunidad de tener una carrera y que además me premiaran sin tener ningún “enchufe”, es decir, nadie conocía a mi familia, nadie de mi familia era un intelectual. No conocía a la generación del 45, los leía pero no los conocía. Ángel Rama, el presidente del jurado que premió en Arca **Los museos abandonados**, siempre consideró que yo sería una de las grandes escritoras de Uruguay. Pero yo no los conocía, no tenía amistad con ninguno de ellos; era demasiado bohemía y demasiado transgresora como para que me gustara que me apadrinaran.

—*¿Y esa obra temprana tuyá sacudió un poco el ambiente cultural de entonces?*

—No. Mi primer libro pasó casi completamente inadvertido salvo para Benedetti, a quien yo no conocía para nada, que escribió una crónica muy buena. En cuanto a **Los museos abandonados**, creo que hubo una reunión para celebrar la concesión del premio, a la que no fui. Y después sí, me vinculé con varios intelectuales ya en el exilio. Cuando gané el premio de *Marcha* con **El libro de mis primos** —yo, una total desconocida de alrededor de 25 años— me invitaron a escribir en el semanario, donde empecé a publicar todas las semanas. *Marcha*, que era un semanario que admiraba muchísimo, que leía con fervor, y que hasta el momento no tenía mujeres. Y que era, además, de

veteranos, de gente mayor, pero estupenda, claro: Quijano era estupendo, Alfaro era estupendo. Y que de pronto recibieran a una chiquilina de veintipico y le propusieran hacer crítica literaria y entrevistas... Yo siempre he sido vocacionalmente docente, dar clases me gustaba muchísimo, pero por otro lado he ejercido el periodismo toda mi vida. Debo tener cinco mil, seis mil artículos publicados en todo el mundo, y en España lo hago permanentemente. Y recuerdo con mucho cariño a Alfaro: porque la primera vez que me mandaron a hacer una entrevista yo me sentí disminuida, porque para mí el periodismo era una cosa inferior a la literatura, y Alfaro me enseñó que no, que los buenos escritores suelen ser buenos periodistas, y tenía razón. Claro que después no me dediqué a hacer entrevistas, lo que hago son artículos de opinión.

—*¿Era difícil ser mujer en el contexto de *Marcha*?*

—Horrible. Pero yo no me daba mucha cuenta. Yo siempre he sido muy ingenua y realmente le tenía mucho cariño a Quijano, que era temido. Como yo era muy joven les caía muy bien a los mayores. Porque era muy dulce, tenía mucho sentido del humor, y por otro lado era muy bohemia. Creo que no me daba cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. Aparte era lo normal, no había mujeres en la redacción, ni en la de *Marcha* ni en ninguna otra. Salvo María Esther Gilio, no había periodistas mujeres.

Uruguay siempre ha tenido la noción de que es un país de gran igualdad entre el hombre y la mujer, y lo es en las leyes. Las leyes del viejo batllismo, de protección a la mujer, fueron adelantadísimas para su tiempo en el mundo, pero desde el punto de vista social en Uruguay hay un machismo no alevoso, digamos, pero sí sutil y punzante (aunque las cifras de muertes por violencia de género son altísimas). Como que aparentemente la clase media y los intelectuales estarían a salvo de ese machismo, y no era así, aunque yo tenga un gran recuerdo de Carlos Real de Azúa, o de Ángel Rama. Sí es verdad que hay un machismo que, comparado con el resto de América Latina, no es nada. Hay que ver

lo que es el machismo en Santo Domingo, en Venezuela. Pero de todas maneras lo que sucede en Uruguay no es precisamente idílico. Y creo que en Uruguay el machismo de las mujeres es todavía más feroz que el que profesan los hombres. En Uruguay la mujer no se siente mujer si no liga, si no liga hombres. Pareciera que su estatuto de femineidad tiene que venir dado por el hecho de tener hombres a su lado, a los que seduce y con los que coquetea. Eso es lo que daba certificado de mujer. Te estoy hablando del Uruguay de entonces, capaz que ahora esto cambió mucho; hablo del Uruguay que yo conocí, en el que las mujeres se sentían mujeres sólo a través del deseo masculino, y si no eran deseables no se sentían mujeres.

—*Yendo a tu militancia política: por un lado estuvo la censura de tus libros, y por otro...*

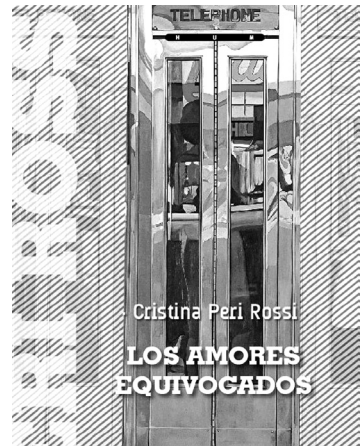
—Secuestraron a una alumna que yo tenía escondida en mi casa, a Ana Luisa Valdés. Estaba buscada, habían secuestrado a su madre, su hermana había huido y la tuve en mi casa tres meses, sin salir. El único día que salió, uno de aquellos famosos autos sin matrícula se la llevó. Y ahí tuve que irme.

—*¿Cómo pensás hoy tu exilio? Has reflexionado sobre él en distintas épocas y de distintas formas.*

—Yo tuve dos exilios. Primero me vine a Barcelona porque la única ayuda que conseguí fue para venirme aquí. Pero llegué aquí con el franquismo, y enseguida me puse a trabajar para ayudar a los presos políticos de Uruguay: entonces Uruguay me retiró la ciudadanía y España no me dio siquiera la residencia.

—*Y entonces marchaste a París. ¿Pero has vuelto periódicamente a Uruguay?*

—Sí, sí, por muchos años volví. Es más: en cuanto cayó la dictadura me tomé el primer avión para allá. El Primero de Mayo que se celebró sin dictadura yo estaba en la calle con 300 mil uruguayos. He vuelto periódicamente, sí. Ahora hace ya unos años que no voy porque, primero, murió mi hermana, hace poco, y porque yo tampoco he estado muy bien de salud. Es un viaje largo y



remueve muchas cosas. Y además hay un hecho muy concreto: Uruguay nunca me reconoció ni el exilio ni los 11 años de docencia en enseñanza secundaria. Tengo los certificados en casa, firmados, sellados, e hice todo tipo de gestiones. Desde Sanguinetti hasta ahora he hecho gestiones para que me reconozcan todo eso, y nada. No lo puedo entender, es un misterio. Posiblemente la explicación es que soy lesbiana.

—¿Te parece?

—¿A ti no te parece?

—No sé, me parece que la clase de agresiones y hostilidades que enfrentan las lesbianas tienden a pasar por otro lado. No me lo explico tanto en la validación de esa clase de documentos en particular.

—Uruguay sí tiene esa hostilidad para conmigo. La hostilidad más perversa es justamente la que no tiene nombre, la que no da la cara. Han intervenido Felipe González, (Gabriel) García Márquez, la embajadora española en Uruguay, incluso (Ricardo) Ehrlich cuando fue ministro y (Ernesto) Murro, el del Bps, y a ellos les dicen que sí, que está todo bien. Pero después resulta que a mí me dicen que no. Es una persecución con nombre y apellido y a mí se me da por pensar que el motivo es ese. Una cosa es decir que se es homófobo —que ya nadie se anima—, y otra cosa es actuar como tal. Supongo que es eso, no lo sé. La cónsul de aquí ha hecho personalmente las gestiones, y nada. Me dice: “Cristina, se lo han dado hasta a gente de derecha”. Yo tengo toda la documentación, ¿qué otro motivo podría haber? También está el hecho de que la relación entre la gente que se fue y la que se quedó durante la dictadura no fue idílica; no vamos a idealizar esa etapa ahora. Hubo una especie de rivalidad entre los que se fueron y los que se quedaron, una especie de competencia de a ver quién sufrió más. Y que por otra parte es culpa también de los que nos fuimos, que para no preocupar decíamos que nos iba todo muy bien. Pero el viceversa no se daba. No sé, yo no puedo saber cuál es el imaginario de los uruguayos en cuanto a mí. Recuerdo que en un momento Adela Reta, que era ministra de Cultura, me pidió un favor político enorme para hacer aquí unas gestiones con el presidente Pujol, de la Generalitat, y yo le dije que sí, que las hacía. Y si existe la Fundación Torres García es por ello, porque hice lo que me pidió que hiciera con el presidente Pujol. Ella ponía los terrenos y Pujol el dinero. ¿Tú crees que me mandaron una invitación para ir a la inauguración de la fundación, o una carta del ministerio agradeciendo la gestión? ¿Qué es eso? ¿En Uruguay no se usa dar las gracias?

—Has dicho que regresar no estaba en tus planes porque ya tenías bastante con una nostalgia como para tener dos.

—Es que esas cosas no se pueden elegir. En primer lugar,

no tengo jubilación, no tengo casa, mi hermana murió, mi madre murió... A mí me pasa un poco como a Onetti; cuando él estaba en Madrid, ya mayor, a veces me llamaba para que lo fuera a ver. Onetti quería volver, soñaba con volver, pero me decía que le daba vergüenza volver tan viejo, tan feo —así decía—, y además volver ¿a qué? Yo creo que unos años antes podría haberme planteado, pero ahora, ¿a qué? Volver a morir. A esta edad no se vuelve a vivir, se vuelve a morir.

—Yendo ahora a tu nuevo libro, *Los amores equivocados*, me parece que su fundamento (el sexual, el erótico, el amoroso) se asienta en la asimetría de los personajes y en el malentendido. Hay un momento en el texto en que el narrador habla también de sobreentendidos en las relaciones afectivas y sexuales, y lo perjudiciales que pueden llegar a ser.

—Las relaciones asimétricas no son para mí un obstáculo. El amor no es racional; el amor, por suerte, es algo que corresponde a nuestras emociones y fantasías y que no pasa por la razón. Yo creo que la atracción está en el inconsciente, en la fantasía. La asimetría es incluso un aliciente. Hace poco murió Enrique Fierro, el poeta, mi

gran amigo durante la adolescencia y mi gran compañero de estudios —incluso nuestras familias pensaban que nos íbamos a casar—, y Enrique Fierro e Ida Vitale llevaron una muy buena vida juntos con una diferencia de edad muy grande. Siempre hay un núcleo de misterio en el amor. Por eso yo uso mucho la frase de Platón que dice que el amor está en quien ama y no en lo amado. Acabo de leer una novela estupenda de un chileno, Carlos Franz —no lo conocía, y es la novela que me gustó más en los últimos cinco años—, que se llama *Si te vieras con mis ojos*, y ahí está: lo que enamora es la mirada que uno tiene sobre el otro. A mí no me gusta el arte abstracto, por ejemplo —siempre digo que no soy capaz de experimentar emociones abstractas—, pero hay gente que sí las tiene, y lo tengo que aceptar. O sea: el amor no tiene por qué ser simétrico. La mayor asimetría es la del hombre y la mujer, porque tener cuerpos y cerebros distintos es la mayor asimetría posible, y si la asimetría no tuviera valor en el amor, se daría el caso de que la heterosexualidad estaría impedida. Yo me referí en ese libro a las asimetrías que la gente considera más vulgarmente como tales, caso de la diferencia de edad. Y curiosamente, se consideran asimétricos a los amores homosexua-

les, donde justamente es donde hay más simetría, dado que son dos personas del mismo sexo y del mismo género, pero el pensamiento vulgar considera a esa clase de amor como asimétrico. Ahora, dentro de las relaciones que efectivamente son menos asimétricas también se plantean asimetrías.

—En el libro *las distintas posiciones de poder*, por ejemplo, y los *bagajes culturales de cada quien*.

—Claro. Es que si el amor tuviera que ser simétrico solamente sería una cosa narcisista y nada más. El igual a mí. Lo que atrae muchas veces es precisamente aquel que te hace olvidar quién sos.

—En una gran cantidad de estos cuentos se libran páginas enteras al relato minucioso, descarnado, de encuentros sexuales lésbicos. ¿Considerás que esa escritura es también una forma de hacer política?

—No, no. La política está en la interpretación, pero cuando escribo lo que busco es emocionar, emocionar incluso desagradablemente, de la misma manera que algunos cuadros de Goya o de Egon Schiele resultan insoportablemente inquietantes. La finalidad del arte y de la literatura no tiene que ver con dejar a la gente tranquila, contenta consigo misma y con el mundo. Estoy pensando ahora en un anti-

guo libro mío que se llama *La rebelión de los niños* (1980), donde hay un relato —y creo que debe de ser el primer relato escrito en Latinoamérica sobre el asunto— que es sobre un hombre al que le gustan las niñas. Algo que no es del todo explícito, y además él está casado: al final la mujer lo manda al psicólogo porque se da cuenta de que lo que le atrae son las amiguitas del hijo. Siempre he intentado acercar al lector a esas seducciones que a él le pueden resultar perversas o inmorales. Pero la minucia en las descripciones eróticas tiene la finalidad de volver a esas relaciones más verosímiles, más creíbles, y, espero, también más comprensibles. Si yo lograra hacer más comprensible para un lector esas escenas eróticas lésbicas estaría más que satisfecha. Porque lo anormal no puede ser sólo aquello que es diferente a mí. Y por eso a veces digo que la literatura es una rama de la pedagogía. Yo trato de mostrar aquello que el sentido común rechaza.

—La tuya es una literatura, entonces, explícitamente provocadora.

—Sí, claro. No creo que pueda existir el arte sin provocación. Si la cosa es plácida y tranquila, es meramente decorativa.

—¿Pero dirías que la excepcionalidad de tu literatura reside en la provocación?

—En el sentido de que no hay muchas mujeres escribiendo de estas cosas, sí. Pero yo creo que tampoco era muy normal Rimbaud. La relación de Rimbaud con Verlaine no era nada corriente.

—¿Quién era que te llamaba “la rimbaudcita”?

—Sí, me lo decían. Me llamaban así, pero por la bohemia. Pero te estaba diciendo que el arte es naturalmente provocativo porque si no el lector se duerme. El ser humano es chismoso, curioso, y entonces por algún lado lo tenés que atrapar, lo tenés que seducir. La literatura y el arte son trabajos de la seducción. Si no seducís al lector desde la primera línea, lo perdés. Yo, por ejemplo, nunca he podido leer *Bajo el volcán*, de Malcom Lowry, porque no me enganchan las primeras páginas. Y hay gente que me dice, pero probá a leerlo y vas a ver que a partir de la página 70... No, entonces es mal escritor, porque si me tengo que tragar 70 páginas para que me enganche, no sirve. Yo creo que en estos tiempos en que la gente no lee mucho y la velocidad de la civilización ha aumentado mucho, la primera frase tiene que ser un verdadero cebo.

—¿Y cuál es el distingo entre arte erótico y arte pornográfico?

—La pornografía es comercial, lo que busca es hacer dinero, y el erotismo es refinamiento y no busca los genitales, o los busca, sí, pero de manera transfigurada. Hay un poema mío en el que digo algo así como que el erotismo es al sexo lo mismo que la gastronomía al hambre y que la ópera al grito. ■

